MICHAEL BOND

Nuevas aventuras de Paddington

Ilustraciones de PEGGY FORTNUM

Noguer

NUEVAS AVENTURAS DE PADDINGTON

Michael Bond

Ilustraciones de Peggy Fortnum

Noguer

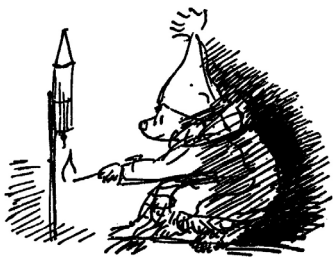
Título original: *More about Paddington*
© del texto: Michael Bond, 1958
© de las ilustraciones: Peggy Fortnum y William Collins Sons & Co. Ltd,
© Editorial Noguer S. A., 1976
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2014
ISBN: 978-84-279-0158-2
Depósito legal: B. 26.557-2014
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE



Un grupo familiar 5
Un sitio para decorar 25
Paddington detective 45
La noche de las hogueras 66
Preocupación en el número treinta y dos . 88
Paddington y las compras de Navidad . . 111
Navidad 134

Capítulo uno

UN GRUPO FAMILIAR

La casa de los Brown, en el número treinta y dos de Windsor Gardens, estaba sorprendentemente tranquila. Era un cálido día de verano, y toda la familia, con excepción de Paddington, quien había desaparecido misteriosamente poco después del almuerzo, estaba sentada en la galería disfrutando apaciblemente del sol de la tarde.

Aparte del débil roce del papel conforme el señor Brown volvía las páginas de un enorme libro y el clic de las agujas de hacer punto de la señora Brown, el único sonido provenía de la señora Bird, el ama de llaves, mientras preparaba las cosas para el té.

Jonathan y Judy estaban demasiado ocupados

uniendo las piezas de un enorme rompecabezas para decir nada.

Fue el señor Brown quien primero rompió el silencio.

—¿Sabéis? —empezó a decir, dando una buena chupada a su pipa—. Tiene gracia, pero he mirado en esta enciclopedia una docena de veces y no se menciona a ningún oso como Paddington.

—Ni lo mencionará —exclamó la señora Bird—. Los osos como Paddington son muy raros. Y es mejor así, si me permiten decirlo; si no, nos costaría una fortuna en mermelada.

La señora Bird todo el tiempo estaba haciendo comentarios sobre la afición de Paddington por la mermelada, aunque siempre tenía un tarro de más en la despensa, por si acaso.

—De todos modos, Henry —dijo la señora Brown soltando su labor de punto—, ¿por qué has querido mirar eso de Paddington?

El señor Brown se retorció el bigote, pensativo.

—¡Oh, por nada! —contestó vagamente—. Me interesaba, eso es todo.

Tener un oso en la familia era una gran responsabilidad, especialmente un oso como Pad-

dington, y el señor Brown se tomaba el asunto muy en serio.

—La cosa es —dijo cerrando el libro de golpe—, que si se va a quedar con nosotros...

—¿Sí? —Hubo un coro de alarma del resto de la familia, por no mencionar a la señora Bird.

—¿Qué demonios quieres decir, Henry? —preguntó la señora Brown—. Si Paddington se queda con nosotros... Claro que se queda.

—Tal como se ha quedado con nosotros —se apresuró a decir el señor Brown—. Hay un par de cosas que se me ocurren. Primero de todo he estado pensando en decorar para él la habitación libre.

La propuesta recibió el asentimiento general. Desde que llegó a la casa, Paddington ocupaba la habitación de los huéspedes. Como era un oso muy educado, nunca había dicho nada, ni siquiera cuando tuvo que abandonar el cuarto alguna vez para dejar sitio a los visitantes, pero ya hacía tiempo que se había decidido que tendría habitación propia.

—La segunda cosa —continuó el señor Brown— es una fotografía. Creo que sería bonito que nos hicieran un retrato del grupo familiar.

—¿Una fotografía? —preguntó la señora Bird—. Tiene gracia que diga usted eso.

—¡Oh! —inquirió el señor Brown—. ¿Por qué razón?

La señora Bird se atareó con la tetera.

—Pues que todas las cosas a su debido tiempo —dijo. Y por mucho que lo intentaron, no pudieron sonsacarle nada más.

Por suerte, se libró de que le hicieran más preguntas, porque en aquel momento se oyó un fuerte ruido, como de un porrazo, que parecía proceder del comedor, y Paddington apareció en el ventanal. Forcejeaba con una gran caja de cartón, encima de la cual había un objeto misterioso de aspecto metálico con largas escarpias en un extremo.

Pero no era lo que llevaba lo que hizo que todos se quedaran boquiabiertos. Era su aspecto general.

Su piel tenía una suavidad inusitada, con una tonalidad dorada, y sus orejas o, mejor dicho, la parte de ellas que asomaba bajo la amplia ala de su viejo sombrero, eran tan negras y brillantes como la punta de su nariz. Incluso sus patas y bigotes tenían una apariencia extraordinaria.

Todo el mundo se irguió estupefacto y a la señora Brown se le escaparon algunos puntos.

—¡Santo cielo! —exclamó el señor Brown, casi derramando el té sobre la enciclopedia—. ¿Qué has hecho contigo?

—Me he dado un baño —contestó Paddington, pareciendo muy ofendido.

—¿Un baño? —repitió Judy lentamente—. ¿Sin que te lo pidieran?

—¡Atiza! —exclamó Jonathan—. Mejor será que arriemos las banderas.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el señor Brown—. Quiero decir... ¿te sientes enfermo o algo parecido?

Paddington se mostró aún más ofendido por la excitación que había causado. Era como si nunca se hubiera lavado. Y la verdad era que lo hacía la mayoría de las mañanas. Ocurría, sencillamente, que él tenía sus puntos de vista sobre los baños en particular. Darse un baño significaba para él mojarse la piel, y luego tardaba mucho rato en secársele.

—Sólo quería estar guapo para la fotografía —dijo con firmeza.

—¿La fotografía? —repitieron todos. Era real-

mente misterioso el modo que tenía Paddington de enterarse de las cosas.

—Sí —dijo Paddington. Una expresión de importancia apareció en su cara mientras se inclinaba y empezaba a desatar la cuerda que ataba la caja—. Me he comprado una cámara fotográfica.

Hubo un momento de silencio mientras los Brown contemplaban la parte trasera de Paddington inclinándose sobre la cámara.

—¡Una cámara! —exclamó la señora Brown, al final—. Pero ¿no son muy caras?

—Ésta no lo era —contestó Paddington, respirando con fuerza. Se levantó y sacó la mayor cámara fotográfica que los Brown jamás habían visto—. La compré en una liquidación, en el mercado. Me costó sólo tres chelines y seis peniques.

—¡Tres chelines y seis peniques! —exclamó la señora Brown pareciendo impresionada. Se volvió hacia los otros—. Debo decir que nunca he conocido un oso con tanta maña para regatear como Paddington.

—¡Atiza! —exclamó Jonathan—. ¡Hasta tiene una capucha para meter en ella la cabeza!

—¿Qué es esa cosa larga? —preguntó Judy.

—Es un trípode —explicó Paddington con orgu-

llo. Se sentó en el suelo y empezó a desplegar las patas—. Es para sostener la cámara y que no tiemble.

El señor Brown cogió la cámara y la examinó. Al volverla cayeron algunos tornillos oxidados y unos clavos viejos.

—¿No es muy vieja? —le preguntó sin pensar—. Parece que alguien la haya utilizado como caja de herramientas y no como cámara.

Paddington se alzó el ala de su sombrero y dedicó al señor Brown una mirada dura.

—Es de una clase muy rara —explicó—. Eso me dijo el hombre de la tienda de rebajas.

—Yo creo que es magnífica —exclamó Jonathan excitado—. Por favor, hazme primero una foto a mí, Paddington.

—Sólo tengo una placa—respondió Paddington muy decidido—. Las extra cuestan mucho y ya no me queda dinero para mis gastos, así que me temo que tendrás que salir en el grupo.

—Ciertamente, parece una cosa muy complicada y más bien grande para un oso —observó la señora Brown, mientras Paddington atornillaba la cámara en el trípode y luego ajustaba las patas de modo que estuvieran a la altura debida—. ¿Estás seguro de que podrás trabajar con ella?

—Creo que sí —contestó Paddington. Su voz quedó ahogada cuando desapareció bajo la negra capucha de la parte de atrás—. El señor Gruber me ha prestado un libro de fotografía y he estado practicando bajo la sábana de la cama.

El señor Gruber, que tenía una tienda de antigüedades en el mercado de Portobello, era amigo íntimo de Paddington y le ayudaba a resolver todos sus problemas.

—Bueno, en ese caso... —El señor Brown se hizo cargo de la situación—. Sugiero que vayamos todos al césped y dejemos que Paddington nos saque la foto mientras haya sol —e indicó el camino hacia afuera mientras Paddington se apresuraba a instalar la cámara y el trípode.

Al cabo de un momento, Paddington anunció que todo estaba listo y empezó a ordenar el grupo de acuerdo con sus deseos, mientras volvía a la carrera hacia la cámara de vez en cuando para mirarlos a través de la lente.

Como la cámara estaba tan cerca del suelo, tuvo que poner al señor Brown agachado en una posición más bien incómoda, detrás de Jonathan y de Judy, mientras que la señora Brown y Bird se sentaban a su lado.

Aunque no dijo nada, Paddington se sintió un poco desanimado con lo que vio a través de la cámara. Podía reconocer al señor Brown gracias a su bigote; pero con los otros era más difícil. Todo el mundo parecía borroso, como si estuvieran en medio de la niebla. Era extraño, porque cuando sacó la cabeza de la capucha vio que era un día soleado.

Los Brown esperaron pacientemente mientras Paddington se sentaba en la hierba y consultaba su libro de instrucciones. Casi enseguida descubrió un capítulo muy interesante que se titulaba «Enfoque». Explicaba de qué modo, si uno quería fotos bonitas y claras, era importante poner la cámara a la debida distancia y bien ajustada.

Incluso había un dibujo que mostraba a un hombre midiendo la distancia con un trozo de cuerda.

Pasaron varios minutos, porque Paddington era un lector más bien lento, y tenía que examinar varios diagramas.

—Espero que no tarde mucho —dijo el señor Brown—. Ya me están dando calambres.

—Sufrirá una desilusión si te mueves —le advirtió la señora Brown—. Se ha tomado grandes molestias para colocarnos, y formamos un bonito grupo.

—Para ti todo está muy bien —refunfuñó el señor Brown—. Tú estás sentada.

—¡Chis —replicó la señora Brown—. Creo que ya está casi listo. Está haciendo algo con un pedazo de cuerda.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el señor Brown.

—Es para medir —contestó Paddington haciendo un lazo en un extremo.

—Bueno, si no te importa —protestó el señor Brown, cuando vio lo que Paddington iba a hacer—. Será mejor que ates el otro extremo en la cámara en vez de éste en mi oreja. —El resto de su

frase desapareció en una especie de gluglú cuando Paddington tiró de la cuerda para tensarla.

Paddington miró sorprendido y examinó el nudo alrededor de la oreja del señor Brown con interés.

—Creo que he hecho un nudo corredizo por error —anunció finalmente. Paddington no era muy bueno haciendo nudos, porque tener patas le hacía las cosas difíciles.

—En realidad, Henry —le dijo la señora Brown—, no tienes por qué armar tanto jaleo. Cualquiera diría que te han hecho daño.

El señor Brown se frotó la oreja, que se le había puesto de un gracioso color malva.

—Es mi oreja —dijo—. Y me duele.

—Y ahora, ¿adónde va? —preguntó la señora Bird, mientras Paddington se dirigía apresuradamente hacia la casa.

—Creo que ha ido a medir la cuerda.

—¡Oh! —exclamó el señor Brown—. Bueno, yo voy a ponerme de pie.

—¡Henry! —dijo la señora Brown—. Si lo haces, me enfadaré mucho.

—De todos modos es demasiado tarde —gimió el señor Brown—. Se me ha dormido la pierna.

Afortunadamente para el señor Brown, Paddington volvió en aquel momento. Miró con fijeza al sol y luego al grupo que aguardaba.

—Me temo que tendrá que irse allí —dijo, tras consultar su libro de instrucciones—. El sol se ha movido.

—No me sorprende —refunfuñó el señor Brown—. Al paso que vamos, se habrá puesto antes de que hayamos acabado.

—Nunca pensé que sacar una fotografía fuera tan complicado —dijo la señora Bird.

—Lo que no acabo de entender —susurró Judy— es por qué Paddington se ha molestado en darse un baño si es él quien va a sacar la foto.

—Buena pregunta —dijo el señor Brown—. ¿Cómo vas a salir en la foto, Paddington?

Paddington se quedó mirando al señor Brown de un modo extraño. Eso era algo en lo que él tampoco había pensado; pero decidió hacer frente a esa dificultad cuando se presentara. Antes tenía muchas cosas importantes que hacer.

—Apretaré el obturador —dijo, tras pensárselo un momento— y luego echaré a correr hacia donde están ustedes.

—Pero los osos no pueden correr con suficiente rapidez —insistió el señor Brown.

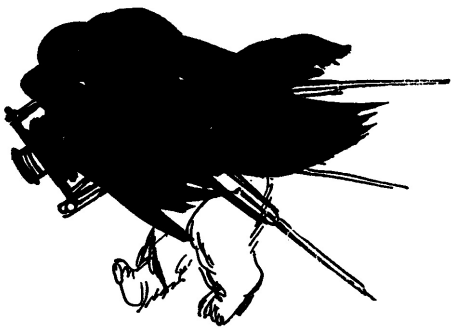
—Estoy segura de que Paddington sabe lo que tiene que hacer —susurró la señora Brown—. Y si no lo sabe, mejor será no decírselo para que no arme jaleo. Si descubre que se ha tomado un baño para nada, habrá que oírle.

—Parece una capucha muy larga —dijo la señora Bird, mirando hacia la cámara—. No puedo ver a Paddington.

—Eso se debe a que es muy pequeño —explicó Jonathan—. Tendría que haber bajado más el trípode.

Los Brown siguieron sentados muy quietos, con una sonrisa fija en los rostros, mientras Pad-

dington salía de la capucha. Hizo algunos ajustes complicados en la parte delantera de la cámara y luego, tras anunciar que iba a meter la placa fotográfica, desapareció de nuevo.



De repente, con gran sorpresa de todos, la cámara y el trípode empezaron a balancearse hacia atrás y adelante, de forma realmente peligrosa.

—¡Santo Dios! —exclamó la señora Bird—. ¿Qué es lo que ocurre ahora?

—¡Mira! —gritó el señor Brown—. ¡Viene hacia nosotros!

Todos se levantaron y se alejaron, mirando con ojos muy abiertos a la cámara que los seguía. Pero, tras recorrer un par de metros, se detuvo de repente, giró hacia la izquierda y se encaminó en dirección a un rosal.

—Espero que se encuentre bien —dijo la señora Brown con ansiedad.

—¿Y si hiciéramos algo? —preguntó la señora Bird, cuando se oyó un grito ahogado de Paddington.

Pero antes de que nadie pudiera replicar, la cámara surgió del rosal y salió disparada hacia el césped. Dio dos botes alrededor del estanque central y luego saltó en el aire varias veces antes de caer, aterrizando con un golpe seco en medio del mejor cuadro de flores del señor Brown.

—¡Santo cielo! —gritó el señor Brown echando a correr—. ¡Mis petunias!

—Deja en paz tus petunias —dijo la señora Brown—. ¿Qué le ha ocurrido a Paddington?

—Nada de particular —dijo el señor Brown

inclinándose y alzando la capucha—. ¡Ha metido la cabeza dentro de la cámara!

El señor Brown dejó de tirar y se arrastró alrededor para atisbar a través de la lente.

—No veo nada —dijo tras una breve pausa—. Está muy oscuro dentro.

Dio un golpecito a la caja y salió otro débil grito del interior.

—¡Mantequilla! —gritó la señora Bird corriendo hacia la cocina—. No hay como la mantequilla cuando alguien queda atascado.

La señora Bird creía mucho en las virtudes de la mantequilla. La había empleado ya en varias ocasiones cuando Paddington había quedado atascado.

No obstante, a pesar de que Jonathan sostuvo por un lado y el señor Brown tiró del otro, pasó un buen rato antes de que la cabeza de Paddington saliera finalmente de la cámara. Se sentó en la hierba frotándose las orejas y con aspecto muy abatido. Las cosas no habían salido de acuerdo con su plan.

—Propongo —dijo el señor Brown, cuando el orden fue finalmente restablecido— que lo coloquemos todo exactamente como estaba antes y

atemos un cordel al obturador. Así Paddington podrá sentarse con el grupo y hacer funcionar la cámara a distancia. Resultará más seguro de ese modo.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que ésta era una buena idea. Mientras el señor Brown ordenaba el grupo otra vez, Paddington se ocupó de instalar la cámara y de meter dentro la placa fotográfica, asegurándose esta vez de que quedaba bien. Hubo un ligero retraso cuando él tiró fuerte del cordel y el trípode cayó, pero finalmente llegó el gran momento.

Se oyó un clic de la cámara y todo el mundo se relajó. El hombre de la tienda de fotografía quedó muy sorprendido cuando la señora Bird, todos los Brown y Paddington entraron en grupo por la puerta de su establecimiento.

—Ciertamente es de un tipo muy raro —dijo examinando la cámara de Paddington con interés—. Muy raro. He leído acerca de ellas, claro, pero nunca vi una antes. Debía... Debía de estar guardada en una despensa o algo parecido. Tiene mucha mantequilla dentro.

—Es que sufrí un pequeño accidente cuando traté de meter la placa —explicó Paddington.

—Estamos muy ansiosos por ver el resultado de la fotografía —se apresuró a añadir el señor Brown—. Nos preguntamos si nos la puede revelar mientras esperamos.

El hombre dijo que lo haría encantado. Por todo lo que había visto y oído, estaba deseoso de ver la foto. Se apresuró pues a ir a su cuarto oscuro dejando a los Brown solos en la tienda. Que él «recordara» hasta entonces nunca se había presentado en la tienda un osito fotógrafo.

Cuando volvió..., su cara mostraba aturdimiento.

—¿Dice que ha sacado esta foto hoy? —preguntó, observando lo soleado del día a través de la ventana.

—Así es —contestó Paddington, mirándole con suspicacia.

—Pues bien, señor. —El hombre sostuvo la placa a contraluz para que Paddington la viera—. Es bonita y nítida, y puedo verlos a todos ustedes, pero parece como si en aquel momento hubiera niebla. Esas manchas de luz, como rayos de luna, las encuentro muy extrañas.

Paddington tomó la placa y la examinó cuidadosamente.

—Supongo que es donde dio la luz de la linterna cuando la tuve bajo la sábana de la cama —dijo al final.

—Bueno, creo que es una bonita fotografía para ser la primera —dijo la señora Bird—. Y me gustaría que hiciera seis copias tamaño postal, por favor. Estoy segura de que a Lucy, la tía de Paddington que está en Perú, le gustará tener una. Vive en un hogar para osos jubilados en Lima —añadió para que lo supiera el tendero.

—¿De veras? —preguntó el hombre, pareciendo muy impresionado—. Bueno, es la primera vez que he oído hablar de una foto que va a ser enviada a ultramar, especialmente a un hogar para osos jubilados en Perú.

Luego se quedó pensativo por un momento.

—Le voy a proponer una cosa —dijo—. Si me puede prestar esta cámara para tenerla en mi escaparate durante una semana, no sólo haré gratis todas las copias que quieren, sino que haré una foto de cada uno de ustedes sin cobrarles nada por ellas. ¿Qué le parece la proposición?

—Ya debería haber pensado —comentó el señor Brown mientras volvían hacia casa— que si Paddington nos hacía una fotografía, algo raro

tenía que suceder. Tiene gracia, las fotos nos han salido gratis.

—Los osos siempre caen de pie —dijo la señora Bird mirando a Paddington.

Pero Paddington no la estaba escuchando. Seguía pensando en su cámara.

A la mañana siguiente, temprano, se apresuró a ir a la tienda, y se sintió muy complacido al ver que su cámara ocupaba ya un puesto de honor en el centro del escaparate.

Al pie de la misma un letrero decía TIPO MUY RARO DE CÁMARA PRIMITIVA, AHORA PROPIEDAD DEL SEÑOR PADDINGTON BROWN, UN CABALLERO OSITO LOCAL.

Pero Paddington se sintió aún más complacido por otro letrero que había al lado: UNA FOTO SACADA POR ÉL. Debajo estaba su foto.

Estaba un poco borrosa y había varias huellas de pata cerca del borde; pero se acercaron una o dos personas de la vecindad y le felicitaron y varias de ellas dijeron que podían reconocer claramente a los que habían sido retratados. Paddington pensó que al final habían sido tres chelines y seis peniques muy bien gastados.